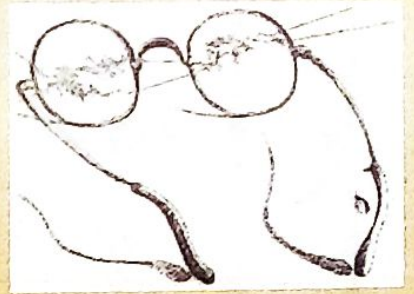


Edwin Guzmán Ortiz:

Infracuentos, narratorios y mitómanos

El destacado escritor orureño nos presentó un lúcido ensayo sobre narradores y narraciones



(TERCERA Y ÚLTIMA PARTE)

Gnarus, el narrador, es el que sabe, el antípoda de ignorante. Así, desde su marca etimológica, el oficio de narrar implica un saber múltiple; un saber que desafía la capacidad de conocimiento de uno mismo y de lo otro; un saber que exige manejar las diferentes lógicas que hacen posible historias apetezibles, y un saber tejer a través de las palabras el discurso preciso en que se consumará un relato, distinguible de entre los demás.

El relato es la función del lenguaje que vincula la palabra a la acción. De ahí es que las huellas del lenguaje nos permitan conocer las energías sociales de la colectividad; explicar lo invisible por lo visible, por la transgresión de lo real, lo real por un juego de emplazamientos donde el relato se convierte en un círculo capaz de liberar a la vida.

Muchos relatos se relacionan con la vida sin relacionarse con ella, fundan nexos consanguíneos, también relaciones neutras, la iluminan con luces de artificio -es el artificio lo que vivimos- sin embargo algo sucede en la representación que nos ayuda a ver mejor, la mentira nos revela, la truculencia pone sobre la mesa de la conciencia aquello que fuera de ver todos los días hablamos perdido de vista.

Paradoja de paradojas; inventar, falsear, magnificar, metafóricar, enmascarar, termina siendo un poderoso recurso para develar, para ver con más claridad. Qué de real tiene las religiones, cuando flectan teogonía y cosmogonías, nos cuentan historias fantásticas -hijas delirantes de los imaginarios sistémicos- pero sin embargo por las cuales los mortales rompen lanzas y empeñan su alma al más allá, como una suerte de prolongación de esa ficción sacra. Pura Pata Morgana, se dirá, pero por lo mismo, también por los relatos vivimos, morimos y anhelamos prolongar estos días, más allá de los días.

En el narrador duerme un saber aún no consciente, un saber sumergido, tatuado por lo que ha sido; pues si bien es cierto que todo pasa, igualmente todo queda, para suerte nuestra. Este saber penumbroso, tocado ya por el alba, se va aclarando; tomando forma, por medio de la memoria, por medio de la urgencia de decir algo a alguien. ¿Magia?, ¿poesía? Eso y mucho más. El discurso de los otros que se pega a la palabra del narrador; el narrador como escenario donde clama el rumor polifónico de la gente, las pulsiones de la sociedad, las visiones y las crucifixiones en el vacío.

De ahí es que escribir sea también ver. Narrar es verse y ver. El narrar tiene el poder de revelar, de poner aquí, en el centro de la conciencia paisajes de certidumbre, sean del color que sean.

También a su modo, es tomar conciencia y marionetear esa materia inasible que es el tiempo, jugar a representar su curso, hacer bafa de los tiempos concertados -los tiempos del sistema- para recuperar ese tiempo íntimo, no lineal, el tiempo proustiano, el tiempo del mito, los tiempos plurales de la Historia, el tiempo sin tiempo del asombro y el

delirio.

Cozo entrañable de los narradores, observar, espiar, vigilar, escudriñar a los demás y a uno mismo. Ser un poco el testigo y el alcahute. Por lo mismo, un cuentista es un historiador con licencia para mentir.

Parte de gaje: el vagabundeo por cuanto buen cuento y cuenta se hallen escritos en las páginas. Esto abre horizontes, permite más de una secreta comunión, nos otorga experiencias imborrables; la rebelión de la sensibilidad en Clarice Lispector; Tomas Mann que tiene un gran sentido de la fiesta narrativa; la grandilocuencia verbal, frente a la grandilocuencia mental, en Coleridge; la impersonalidad flaubertiana, tensa difícil, y por lo mismo magnética. Sin duda haber realizado la aventura del extravío en el caos babélico de Finnegans Wake, de haber extraído el placer ambiguo de su propia dispersión, supone haber cambiado de piel como las culebras, una piel nueva, colorida, alreada y vaporosa. Leer, leer y escribir no pocas veces se confunden.

El ojo mundano vive entre los matices, las medidas, el cálculo, los claroscuros, el encantamiento confuso o la mediocridad indecisa; en suma el término medio. El ojo narrante impulsa la tensión extrema entre los contrarios, lucha entre el sí y el no confusamente mezclados, no suele ver al hombre como una mezcla regular de cualidades medias y venerables defectos, sino como un encuentro imposible de extrema grandeza y extrema miseria, nada fácilmente explicable, nada cómodamente ahito, nada incongruente, donde chocan los dos infinitos. Narrar esta condición implica recorrer los bordes del lenguaje, el envés de las palabras, oficiar una alquimia de sentidos que permitan representar esta Comedie Human.

Escribir siempre es un acto de transgresión de las propias imposibilidades. Al respecto dice Jabés «Siempre se escribe al borde de la nada». Por ello, no deja de preocupar la facilidad con que escriben muchos narradores. Podría afirmarse que todo les resulta accesible, y se diría que con alguna frecuencia se va desarrollando un ejercicio calisténico de la literatura; una práctica soberbia y petulante -llena de poses- como si un escritor fuera un ser extraordinario, una criatura sin ombligo. De ahí es que el verdadero creador -si es que es posible hablar todavía de ello- tiene el deber ético de ser el testigo de su tiempo, más allá del diálogo arduo que siempre ha existido entre escritura y mundo, entre narración y realidad, entre los sí mismos. Debe procurar -desde la trama energética de su obra- dar una imagen no falaz de la realidad, al margen de la cuota de mentira que requiere todo arte.

Se impone reconocer que hoy es cada vez más difícil «ser uno mismo», encontrar un estilo propio para la escritura, el estilo o la sensibilidad. Encontrar las propias historias que nos salven de esa ramera insaciable; la Historia ¿Qué es lo irreductible nuestro que podemos dar?. A través de la TV, la cultura global y el dédalo de los lugares comunes nuestros sueños se han uniformado, nuestro len-

guaje corre el riesgo de repetirse en medio de esa inflación retórica parida desde las tristes blablaóferas urbanas. Por eso, también cabe preguntarse ¿Cuál es el secreto y la posibilidad de esa insolente maravilla que es el yo, de esa subversiva tribu que es el nosotros?.

Y si estas palabras amenazan bordear alguna vaporosa metafísica, mejor recordemos con Borges -algo que pudiera consolarnos a los efectos de nuestro trabajo- que la novela, como la epopeya en verso, que la precede, es una forma transitoria; dice el maestro «La novela es una forma que posiblemente pasará; pero no creo que el cuento pase... Es mucho más antiguo».

Escribir relatos significa soñar el mundo, hacerlo propio y diferente. No es menos cierto que es también un acto de higiene espiritual en la tarea de ventilar la lengua, de renovarla y hacer que revitalize sus poderes de comunicación y comunión.

Significa también acercarse a los otros, y con los otros compartir un pequeño viaje, no para llegar a la tierra prometida ni a los dominios de utopos, sino simplemente para viajar por el gusto de viajar. Significa inventarse un espejo que a su vez no cesa de inventarnos. Significa agitar las voces inferiores, salvarse un poquito de la soledad y su procesión de silencios púrpura. Significa traer las músicas del entorno las caras que nos rodean, las danzas y las palabras que danzan alrededor, poner los espíritus en fila para recitar sus penas y sus faenas, es sentir que una voz más poderosa toma la propia voz y la torna perdurable.

Antes de terminar, permitaseme compartir este bello testimonio de Vladimir Navokov, cuando alguien cercano le invitaba a ese viaje interminable que es la literatura con estas palabras:

«Animate un poco -exclamaba mi tía. Mira los arlequines.

«¿Qué arlequines?, ¿dónde están?»

Oh, en todas partes. A tu alrededor. Los árboles son arlequines, las palabras son arlequines, como las situaciones y las sumas. Junta dos cosas (bromas, imágenes y tendrás un triple arlequín. Vamos. Juega.

Inventa el mundo. Inventa la realidad.

Lo hice. Por Dios que lo hice. Inventé a mi tía-abuela durante mis ensoñaciones y he aquí que ahora ella baja los escalones marmóreos del portal de mi memoria; baja lentamente, de lado, pobre dama inválida, tanteando el borde de cada escalón con la puntera de goma de su bastón negro.»

FIN